

Acercamiento teológico a los nuevos movimientos eclesiales

José Alberto Izquierdo Claros, L.C.

Licenciado en teología dogmática por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

En el presente artículo propongo realizar un acercamiento teológico al fenómeno de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales en la Iglesia¹. Voy a centrarme en la perspectiva eclesiológica, analizando estas novedades del Espíritu en cuanto su significación, en cuanto frutos del concilio Vaticano II, en cuanto dones del Espíritu Santo, en cuanto contribuyen al bien de toda la Iglesia, a su misión y a su renovación. Este artículo podría desarrollarse de forma muy extensa, pero trataré de limitarme a exponer los elementos teológicos que ayuden a comprender mejor la naturaleza de los movimientos. Por lo demás, como bien indica Salvatore Martínez, «urge verdaderamente volver al Espíritu Santo, más rezando que teorizando, haciendo que la fe “dogmática” esté siempre acompañada por la manifestación de su contenido “carismático”, dinamismo histórico del Espíritu de Dios»².

A. Son un signo

El papa Juan Pablo II, en el mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales, afirma que «los movimientos son una expresión significativa»³ de la dimensión carismática de la Iglesia. En ese mismo discurso, había subrayado antes que los carismas no pretenden ni pueden añadir algo a la riqueza del *depositum fidei*⁴. A la naturaleza de

¹ El presente artículo complementa uno ya publicado precedentemente: J.A. IZQUIERDO CLAROS, «Acercamiento histórico a los nuevos movimientos eclesiales», *Ecclesia. Revista de cultura católica* 34 (2020), 21-42.

² S. MARTÍNEZ, «L'esperienza della fede carismatica del Rinnovamento nello Spirito Santo», en P. BARRAJÓN (ed.), *La primavera della Chiesa e l'azione dello Spirito: L'identità e missione dei Movimenti ecclesiali e delle nuove comunità*, IF Press, Roma 2018, 95. Donde no se diga otra cosa, las traducciones son mías.

³ JUAN PABLO II, *Mensaje del Papa, a los participantes en el congreso mundial de los movimientos eclesiales: Roma, 27-29 de mayo de 1998*, n. 5 (en www.vatican.va).

⁴ Cf. *Ibid.*, n. 4.

los movimientos se le puede aplicar lo que Xabier Larrañaga indica en relación con la vida religiosa, la cual aparece en la Iglesia como un signo. Lo que le es propio y específico a los movimientos en su inserción en la vida eclesial está «en el ámbito del símbolo y de la significación»⁵, no en el ámbito de esencia de su vida, que siempre será vida cristiana, según el estado de cada uno de los miembros que participan de un determinado carisma. Por esta razón, como se recuerda en la carta *Iuvenescit Ecclesia*, los carismas son reconocidos como una manifestación de «la multiforme gracia de Dios» (*I Pe 4,10*)⁶.

De esta reflexión, considero que se puede encontrar otro importante lugar eclesial de los movimientos, los cuales, de modo análogo a la vida consagrada, aun sin ser parte de la jerarquía, pertenecen íntimamente a la vida y a la santidad de la Iglesia⁷.

Los movimientos «son un signo de la libertad de formas, en que se realiza la única Iglesia»⁸. La diversidad de los movimientos se debe custodiar y fomentar porque expresa la riqueza y universalidad de la Iglesia, que es «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»⁹. Como afirma Mons. Clemens, la Iglesia misma representa la universalidad del catolicismo y «la diversidad es una legítima y necesaria expresión de la vivacidad y de la catolicidad de la Iglesia»¹⁰.

Esta diversidad a veces ha creado confusión o ha suscitado en algunos recelos. Es necesario encontrar, a la luz del Evangelio, la necesaria armonía. Principalmente, como apunta Barrañón, en el tejido eclesial, donde en ocasiones los movimientos han generado un aparente desorden. También el día de Pentecostés todo pareció entrar en una fuerte turbulencia donde primero todo parecía claro y estructurado. En adelante, los Doce ya no estarán siempre juntos, por ejemplo, pero como comenta el papa Francisco, el Espíritu

⁵ X. LARRAÑAGA, *La existencia consagrada en la Iglesia: Apuntes de eclesiología para la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2016, 39.

⁶ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, carta *Iuvenescit Ecclesia: A los Obispos de la Iglesia Católica sobre la relación entre los dones jerárquicos y carismáticos para la vida y misión de la Iglesia*, Ciudad del Vaticano 2016, n. 4.

⁷ Cf. P. BARRAJÓN, «Introduzione: Lo Spirito soffia dove vuole per ringiovanire la Chiesa», en Id., *La primavera della Chiesa...*, 9.

⁸ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre Juan Pablo II al movimiento de Comunión y Liberación en el treinta aniversario de su nacimiento: 29 de septiembre de 1984*, n. 3 (en www.vatican.va).

⁹ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 1.

¹⁰ J. CLEMENS, «La missione dei movimenti ecclesiali e le nuove comunità», en P. BARRAJÓN (ed.), *La primavera della Chiesa...*, 36.

Santo crea una síntesis de unidad a partir de la multiplicidad. Es ahí donde se genera la verdadera comunión, que es muy diversa de la uniformidad y del particularismo¹¹. El papa Francisco resume muy bien la necesidad de armonía en la homilía de la misa que tuvo con los movimientos eclesiales en la solemnidad de Pentecostés, el 19 de mayo de 2013:

El Espíritu Santo, aparentemente, crea desorden en el Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la armonía [...]. Sólo El puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación [...]. La eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para todo movimiento¹².

Es un error contraponer dialécticamente a la jerarquía y a los movimientos. «La Iglesia está edificada no dialécticamente, sino más bien orgánicamente»¹³. Las funciones son diversas, no la dignidad de las personas. Las diferencias no son ontológicas, sino en el orden del signo, de cómo manifiesta cada uno la acción de Cristo en él.

El número 12 de *Iuvenescit Ecclesia* deja claro que los dones jerárquicos y los dones carismáticos no se contraponen, sino que se encuentran íntimamente unidos en el horizonte trinitario y cristológico. Por su parte, los dones jerárquicos, en cuanto relacionados con el sacramento del Orden, hacen referencia directa a la acción salvífica de Cristo. Los sacramentos, en efecto, son los canales mediante los cuales Cristo actualiza y hace presente su acción redentora. Por otro lado, los dones carismáticos están objetivamente relacionados con la nueva vida en Cristo. El Espíritu, «que sopla donde quiere» (*Jn* 3,8), y distribuye sus dones «como quiere» (*1 Cor* 12,11), suscita dones especiales en el corazón de los miembros de la Iglesia para que estos se con-

¹¹ Cf. P. BARRAJÓN, «Introduzione: Lo Spirito soffia dove...», 6-7.

¹² FRANCISCO, *Homilía del Santo Padre en la Santa misa con los movimientos eclesiales en la solemnidad de Pentecostés, Plaza de San Pedro, 19 de mayo de 2013* (en www.vatican.va).

¹³ J. RATZINGER, «I movimenti eclesiali e la loro collocazione teologica», en PONTIFICIUM CONSILIIUM PRO LAICIS (ed.), *I movimenti nella Chiesa: Atti del Congresso mondiale dei movimenti eclesiali. Roma, 27-29 maggio 1998*, Laici oggi, Collana di studi, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1999, 32.

viertan en signos de la presencia de Cristo en la tierra y den continuidad a su misión mediante el servicio al prójimo¹⁴.

Como ya se ha mencionado, la misma Iglesia tiene una fisonomía de movimiento y, por esta razón, los movimientos son un signo de la misma. De aquí deriva el contenido teológico-dogmático del término. La Iglesia es un reflejo del movimiento interno de la Trinidad que participa su amor a los hombres, enviando al Hijo para ser el mediador de la gracia y al Espíritu Santo, para que prolonguen en la historia la obra redentora. Los movimientos son parte de esta dinámica del Espíritu y son reflejo del dinamismo amoroso y evangelizador de la misma Iglesia. Juan Pablo II habla de esta forma al referirse a la Iglesia como un movimiento:

Como bien sabéis, la Iglesia misma es un «movimiento». Y, sobre todo, es *un misterio*: el misterio del eterno «Amor» del Padre, de su Corazón paterno, en el que comienza la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo. La Iglesia, que nació de esta misión, se encuentra «*in statu missionis*»¹⁵.

Los movimientos y las nuevas comunidades participan de la transmisión de la Tradición de la Iglesia. Como explica el cardenal Scola, la Iglesia es el lugar donde el Espíritu Santo realiza el encuentro entre el evento de Cristo y la libertad concreta de cada ser humano y «sujeto de este *tradere* son los testigos que ponen en movimiento nuevos testigos»¹⁶. El testimonio de tantos cristianos, muchos de ellos movidos por carismas particulares que han dado vida a los movimientos en la Iglesia, es reflejo de que la fuerza impetuosa del viento de Pentecostés sigue presente en la Iglesia. Como dice Juan Pablo II, «desde ese momento, el viento del Espíritu llevará a los discípulos de Cristo hasta los últimos confines de la tierra. Los llevará hasta el martirio por el intrépido testimonio del Evangelio»¹⁷. Esta caridad martirial fue lo que hizo nacer las primeras asociaciones de fieles en la Iglesia, en torno a los eremitas y monjes del desierto. Y es lo que a lo largo de la historia y en nuestros días sigue suscitando el Espíritu como «respuesta providencial» a los cambiantes retos que se presentan a la Iglesia. Este empeño por dar testimonio del Evangelio en el mundo es lo que *Iuvenescit Ecclesia* denomina «fermento

¹⁴ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Iuvenescit...*, n. 12.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Homilía del Santo Padre, 27 de septiembre de 1981...*, n. 2.

¹⁶ A. SCOLA, «La realtà dei movimenti nella Chiesa universale e nella Chiesa locale», en PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS (ed.), *I movimenti nella Chiesa...*, 119.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre, durante el encuentro con los movimientos eclesiales, 30 de mayo de 1998*, n. 1 (en www.vatican.va).

del Espíritu»¹⁸ y que también se puede definir con las categorías de testimonio y signo eficaz de la presencia de Cristo y del Espíritu en el mundo.

Citando a H.U. von Balthasar, Piero Coda comenta que los carismas son un «rayo del cielo» que ilumina un punto único y original de la voluntad de Dios para la Iglesia en un tiempo determinado. Su novedad no está en aportar algo especial al misterio de Cristo, sino en significarlo y manifestarlo de modo nuevo y actual. Pero no hay que olvidar que Dios se ha revelado y ha actuado en la historia privilegiando la mediación del significado de los eventos y del obrar de las personas por encima de las acciones portentosas y directas. Los movimientos son un modo de manifestarse el amor de Dios, por el cual pone de relieve, ilumina y hace operante un aspecto particular del misterio inagotable de Cristo. De esta forma, el Espíritu de la Verdad nos va enseñando todo (cf. *Jn* 14,26)¹⁹.

B. Son un fruto del concilio Vaticano II

Juan Pablo II, durante el encuentro con los movimientos eclesiales el 30 de mayo de 1998, afirmó: «el Consolador ha donado recientemente con el concilio Vaticano II un renovado Pentecostés, suscitando un dinamismo nuevo e imprevisto»²⁰. Al día siguiente, en la homilía de la misa de Pentecostés, volvería a reiterar esta idea, afirmando que los movimientos y las nuevas comunidades «son expresiones providenciales de la nueva primavera suscitada por el Espíritu con el concilio Vaticano II»²¹. Esta primavera, como bien sabemos, no ha sido lo apacible que desearíamos, pero el Espíritu Santo actuó de modo tempestivo e inesperado haciendo surgir nuevos movimientos y comunidades que tomaran en serio el propio bautismo y tuvieran gran conciencia de la misión evangelizadora y de la nueva evangelización²².

Massimo Faggioli hace un interesante recorrido histórico de la aparición y acogida eclesial de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, que Juan Pablo II define como «uno de los frutos más hermosos de la amplia y profunda renovación espiritual, promovida por el último Concilio»²³.

¹⁸ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Iuvenescit...*, n. 2.

¹⁹ Cf. P. CODA, «I movimenti ecclesiali, dono dello Spirito. Una riflessione teologica», en PONTIFICIUM CONSILIIUM PRO LAICIS (ed.), *I movimenti nella Chiesa...*, 85-86.

²⁰ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre, 30 de mayo de 1998...*, n. 4.

²¹ JUAN PABLO II, *Homilía del Santo Padre, 31 de mayo de 1998*, n. 2 (en www.vatican.va).

²² Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti: Dalla Chiesa degli apostoli a oggi*, Biblioteca Universale Rizzoli, Milano 2000, 228.

²³ GIOVANNI PAOLO II, *Discurso ai movimenti ecclesiali riuniti per il II Coloquio Internazionale: 2 marzo 1987*, n. 1.

Una primera e importante fase, dice Faggioli, es el concilio mismo, que se caracteriza por abrir la puerta a la existencia de un asociacionismo católico diverso de la Acción Católica, fuertemente ligada al control de la jerarquía. Pero la reflexión conciliar y los textos que emanan del concilio siguen teniendo a la Acción Católica como máximo referente, tanto es así que no existe una reflexión explícita sobre los movimientos eclesiales ya existentes en la Iglesia.

La segunda fase la encabeza el papa Pablo VI. En los años posteriores, este papa tuvo un papel importante en la recepción de los dones carismáticos que surgían con fuerza al interno de la Iglesia. Faggioli habla de tres momentos. Al inicio (1963-1968), donde Pablo VI y la Iglesia en general tienen una postura algo pasiva. Se entra en contacto con esta realidad, pero se realizan pocas intervenciones oficiales. Un segundo momento (1968-1974), donde se reacciona con prudencia y cierto temor ante el fuerte desarrollo de los movimientos eclesiales, pues algunos de ellos manifiestan cierta actitud anti-institucional. Por último (1974-1978), donde Pablo VI favorece la aplicación de la doctrina conciliar dando más espacio a los movimientos, superando el clericalismo todavía dominante. No desaparecen las sospechas hacia los nuevos movimientos, pero se acoge cada vez más abiertamente a estas formas nuevas de asociacionismo laical como parte integrante del tan urgente apostolado católico.

La tercera fase que explica Faggioli corresponde al impulso que Juan Pablo II da a los nuevos movimientos y que caracteriza su pontificado (1978-2005). La excelente exposición cronológica de Faggioli se puede resumir en estas actitudes del papa Wojtyła hacia los nuevos movimientos: valora su existencia y su providencialidad; exalta y pone de manifiesto su aportación eclesial en numerosos actos públicos y discursos; abre un espacio mayor en la reflexión teológica y magisterial sobre los movimientos y les ofrece una colocación teológica y un marco jurídico más adecuado y definido dentro de la Iglesia. El decidido apoyo que Juan Pablo II dio a los movimientos no resolvió todos los problemas y la reticencia de algunos sectores eclesiales para su acogida e integración eclesial. Es un tema que todavía debe terminar de madurar y concretar en la formulación de criterios de discernimiento y en la adaptación de los dicasterios, que permita un buen gobierno de estas nuevas realidades. Este proceso aún está en curso, pero no impidió a Juan Pablo II conceder la aprobación definitiva a muchas de estas nuevas realidades carismáticas eclesiales²⁴.

²⁴ Cf. M. FAGGIOLI, *Nello spirito del concilio: Movimenti ecclesiali e recezione del Vaticano II*, Problemi e dibattiti, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2013, 16-38.

A este resumen histórico que ofrece Faggioli yo quisiera añadir solamente un comentario a la aportación que los papas Benedicto XVI y Francisco han dado a la historia de los movimientos al afrontar los graves problemas que han surgido dentro de algunos de estos movimientos y que les ha tocado atender y acompañar, colaborando así a la maduración de estas realidades. En el caso concreto de nuestra congregación religiosa, Legionarios de Cristo y del movimiento Regnum Christi, este proceso nos ha permitido encontrar, de modo más profundo, nuestra identidad y nuestro lugar en la Iglesia, dando cauce a la expresión y consolidación del propio carisma.

A pesar de lo expresado anteriormente, Faggioli considera que «esta relación entre el Vaticano II y los movimientos es teológicamente intuitiva, pero desde un punto de vista histórico es discutible»²⁵. Personalmente no considero solo intuitiva la relación teológica entre el concilio y los nuevos movimientos. A este propósito, me sirvió de mucha ayuda estudiar la alocución que el Santo Padre Pablo VI pronunció el 7 de diciembre de 1965 con ocasión de la última sesión pública del Concilio. Al analizar las respuestas que el papa hace en esta alocución a la pregunta «¿Qué cosa ha sido, pues, el concilio?, ¿qué ha hecho?», vi reflejadas una serie de características que son propias de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, lo cual refuerza la idea de que estos son verdaderos frutos espirituales de este magno evento renovador de la Iglesia. Trato de hacer una síntesis sistemática de las respuestas de Pablo VI a la pregunta citada:

- El concilio ha cumplido el fin de dar gloria a Dios, buscar su conocimiento y su amor, progresar en el esfuerzo de su contemplación, en el ansia de su celebración, en el arte de su proclamación a los hombres.
- El concilio ha sido consciente del tiempo en el cual se ha celebrado: un tiempo abocado sobre lo inmanente, habituado al ateísmo científico, reafirmado como individualista y absolutamente autónomo, laicista y relativista, irracional y desolado en las expresiones del espíritu y decadente en las grandes religiones étnicas.
- El concilio más que de las verdades divinas, se ha ocupado principalmente de la Iglesia. Esta meditación ha servido para reencontrar en sí misma, viva y operante, en el Espíritu Santo, la palabra de Cristo, y para examinar más a fondo el misterio, es decir, el designio y la presencia de Dios sobre y dentro de sí, y para reavivar en sí la fe, la esperanza y la caridad.
- El concilio se ha interesado vivamente por el estudio del mundo moderno. Esta actitud, condicionada por las distancias y por las fracturas entre la Iglesia y la civilización profana, sufridas especialmente en los siglos

²⁵ *Ibid.*, 136.

XIX y XX, está siempre impulsada por la misión salvadora esencial de la Iglesia, y que en el concilio ha estado fuerte y continuamente operante.

- El concilio ha mirado al mundo con sentimientos de caridad cristiana y se ha ocupado, más allá de sí misma y de la relación que la une con Dios, del hombre, del hombre tal cual hoy se presenta: el hombre vivo, el hombre todo ocupado de sí mismo, el hombre que solo es centro de lo concreto, pero que se atreve a considerarse el principio y la razón de cada realidad.
- El concilio ha mirado con confianza hacia el eterno rostro de dos caras del hombre. Se ha colocado tanto delante de su cara feliz como ante aquella infeliz: la miseria y la grandeza del hombre, su mal profundo, innegable, por sí mismo incurable, y su bien que sobrevive, siempre marcado de belleza arcana y de invencible soberanía.
- El concilio ha descendido al diálogo con el mundo sobre tantos argumentos que hoy comprometen el conocimiento y la actividad del hombre. Y se pregunta: ¿la mente de la Iglesia en concilio se ha desviado hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado no, pero girado sí.
- El concilio ha sido grande por esto: porque la religión católica, en su forma más consciente y más eficaz, como es la conciliar, toda ella se declara en favor y en servicio del hombre²⁶.

Contemplación y gloria de Dios, ser en el mundo, comunión eclesial, interés por el tiempo presente, caridad, confianza en el hombre, diálogo y servicio. Estas ocho características no son las únicas notas propias de los actuales movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales, pero el renovado empeño con el que estas nuevas familias eclesiales las poseen todas juntas, permite afirmar que son hijas del mismo Espíritu que ha dado vida al concilio Vaticano II.

C. Son un don del Espíritu Santo

1. Los movimientos son carismas, dones de Dios

Entro ahora a tratar un punto que considero esencial en el acercamiento teológico a los movimientos eclesiales. Estos son, esencialmente, dones del Espíritu Santo. Juan Pablo II, al dirigirse a los movimientos reunidos en la plaza de san Pedro en la vigilia de Pentecostés de 1998, les recordaba a los participantes que ellos son una prueba tangible de la *efusión* del Espíritu

²⁶ Cf. PAOLO VI, *Allocuzione del Santo Padre Paolo VI. Ultima sessione pubblica del concilio ecumenico Vaticano II: Martedì, 7 dicembre 1965*, Città del Vaticano 1965.

que Dios prometió a su Pueblo por boca del profeta Joel (cf. *Hch* 2,17). Los movimientos irrumpen en la Iglesia como viento impetuoso, que aferra y arrastra a las personas hacia el compromiso misionero y hacia el servicio radical del Evangelio. Por esta razón, el papa exhortaba a todos con este grito: «¡Abríos con docilidad a los dones del Espíritu! ¡Acoged con gratitud y obediencia los carismas que el Espíritu concede sin cesar!»²⁷.

Esta realidad, en sí misma hermosa y esperanzadora, no está exenta de dificultades e incomprensiones. Por un lado, los movimientos necesitan caminar hacia la «madurez eclesial» y, por otro lado, la Iglesia debe continuar abriendo espacios humanos, eclesiales y canónicos para acoger debidamente estos carismas del Espíritu. De cualquier modo, como Juan Pablo II decía, «los movimientos tienen el compromiso de compartir, en el ámbito de la comunión y la misión de las Iglesias particulares, sus riquezas carismáticas de modo humilde y generoso»²⁸. Este compartir con generosidad y humildad el don de Dios con los hermanos en la fe, hará que cada vez sea más auténtica la inserción de los movimientos en la vida y en la santidad de la Iglesia.

Me permito hacer una breve alusión al desarrollo de la teología conciliar de los carismas tal como la propone el Card. Rylko, siguiendo el pensamiento de Juan Pablo II:

Refiriéndose a la Iglesia, *Lumen gentium* 4 afirma que el Espíritu Santo «la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. *Ef* 4,11-12; *1 Cor* 12,4; *Ga* 5,22)». Estos dones, como se comenta en el número 12, «les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia». El concilio, concluye Rylko, favoreció la estima de la dimensión carismática de la vida cristiana y de la Iglesia misma.

Por otro lado, recuerda las afirmaciones que Juan Pablo II hace en el mensaje a los movimientos del 15 de marzo de 1987 relativas a los nuevos carismas: son coesenciales a los dones jerárquicos; contribuyen a la vida, a la renovación y a la santificación, aunque de modo diverso; esto produce comunión y enriquecimiento; institución y carisma no se deben contraponer; los movimientos son expresiones significativas de la dimensión carismática de la Iglesia; son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Cristo; contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo.

²⁷ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre, 30 de mayo de 1998...*, n. 5.

²⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje del Santo Padre a los participantes en un seminario sobre los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos: Roma, 18 de junio de 1999*, n. 3 (en www.vatican.va).

En la alocución a los miembros de Comunión y Liberación de 29 de septiembre de 1985, añadió estas observaciones en relación con el carisma de los movimientos: los carismas son como el alma de la institución, son fuente de una presencia que continuamente regenera su autenticidad existencial e histórica.

En fin, en mayo de 1998 pide a la Iglesia que se abra a estos dones con docilidad y que los acoja con gratitud y obediencia al Espíritu Santo. Y subraya que los carismas son otorgados, siempre, para bien de toda la Iglesia.

Otro elemento esencial de la teología de los carismas es que están sometidos al discernimiento y verificación eclesial. Citando *Christifideles laici* 24, recuerda que ningún carisma dispensa de la relación y sumisión a los pastores de la Iglesia. Esta relación y sumisión se concreta mediante el proceso de aprobación de los Estatutos por parte de la autoridad eclesiástica competente²⁹. Este proceso de «institucionalización» de los carismas tiene su límite, pues no se puede «apagar el Espíritu», pero es necesario para darles garantía de autenticidad y que lleguen a ser patrimonio espiritual de toda la Iglesia³⁰.

La esencia de los movimientos es ser dones de Dios. Dones que hacen mirar al futuro con esperanza y fuerza. Como señala Mons. Clemens, citando a Benedicto XVI, los movimientos «son verdaderos *dones del Espíritu Santo*, signos de esperanza y elementos verdaderamente *vivificantes* en el período postconciliar»³¹.

2. Naturaleza y origen divino de los carismas

Iuvenescit Ecclesia explica que los carismas son reconocidos como una manifestación de «la multiforme gracia de Dios» (1 Pe 4,10). Esta manifestación de la gracia se realiza, primero, en la persona de un fundador y, luego, en aquellos que se adhieren al don especial que el Espíritu suscita mediante la experiencia original de esa persona. Entra, pues, en juego, la capacidad humana, pero nunca se reduce a ella. Los carismas especiales que Dios dona a los miembros de un movimiento son dones del Espíritu y, como tales, disponen a las personas que los reciben a vivir en la libertad la experiencia

²⁹ Rylko hace referencia a los cánones 299, §3, 301 y 304 §1 del *Código de Derecho Canónico*.

³⁰ Cf. S. RYLKO, «El acontecimiento del 30 de mayo de 1998 y sus consecuencias eclesiológicas y pastorales para la vida de la Iglesia», en PONTIFICIUM CONSILIIUM PRO LAICIS (ed.), *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos. Roma, 16-18 de junio de 1999*, Laicos hoy, Colección de estudios, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 34-37.

³¹ J. CLEMENS, «La missione dei movimenti ecclesiali...», 33-34.

de la acción divina³². Aquí radica, cuando se vive con fidelidad el carisma, la eficacia de estos movimientos.

Santo Tomás, al introducir la cuestión que dedica a hablar sobre los dones, se pregunta si estos difieren de las virtudes. Como explica el Aquinate, «las virtudes humanas perfeccionan al hombre en cuanto que puede ser movido por la razón en las cosas que hace interior o exteriormente»³³. Dios actúa, pero en el interior del alma se forma el hábito que es conforme a la razón del hombre y es el hombre el que posee la capacidad de continuar realizando los siguientes actos, porque estos son afines a su naturaleza. Los dones del Espíritu Santo, entre los cuales considero que también se pueden incluir de forma análoga los carismas, son perfecciones más altas que las virtudes, pues disponen al ser humano para ser movidos por Dios y realizar actos para los que la naturaleza humana, sin esta especial intervención divina, no estaría preparada. Santo Tomás lo describe de esta forma:

Y estas perfecciones se llaman dones, no sólo porque son infundidos por Dios, sino también porque por ellas el hombre está dispuesto a ser prontamente móvil bajo la inspiración divina, tal como se dice en *Is 50,5: El Señor me ha abierto los oídos, y yo no me resisto, no me echo atrás*. Y también dice el Filósofo, en el capítulo *De bona fortuna*, que a aquellos que son movidos por instinto divino no les conviene aconsejarse según la razón humana, sino que sigan el instinto interior, porque son movidos por un principio mejor que la razón humana. Y esto es lo que algunos dicen: que los dones perfeccionan al hombre para unos actos más elevados que los actos de las virtudes³⁴.

Esto es de suma importancia, pues explica, en su esencia, la dinámica del Espíritu que obra en la historia de la Iglesia de formas tan variadas como tempestivas. La riqueza y la especial eficacia es signo de la acción divina que es secundada por aquellos hombres y mujeres a los que el Espíritu se quiere donar de un modo particular.

Esta es la razón, como explica Ghirlanda por la que los carismas viven ya en la Iglesia antes de su aprobación, con la que ciertamente se convierten en institutos canónicos. El Espíritu Santo es quien está directamente en su origen³⁵. La Iglesia lo que hace es reconocerlo como tal y ofrecer formalmente

³² CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Iuvenescit...*, n. 4.

³³ TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1989, I-II, q. 68, a. 1, 514.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Cf. G. GHIRLANDA, «Collocazione canonica dei movimenti ecclesiali», en P. BARRAJÓN (ed.). *La primavera della Chiesa...*, 72.

su apoyo y custodia. También es el motivo por el que los movimientos están obligados a vivir en plenitud la comunión eclesial, pues el Espíritu siempre nos moverá a vivir una vida eclesial, la cual consiste, según Fidel González, en «la manifestación de un misterio de comunión sacramental, cuyo centro es siempre Cristo»³⁶. El centro de un carisma es Cristo, no el carisma como tal, ni el fundador, ni el estilo propio. Por eso, solo en la comunión y en el sincero compartir el propio carisma con los demás miembros del cuerpo eclesial es donde los movimientos encontrarán su lugar en la Iglesia.

Ghirlanda explica la dinámica del nacimiento de un nuevo carisma en la Iglesia y las cualidades eclesiológicas esenciales de los mismos: el punto de partida es siempre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. A imagen del Verbo encarnado, el elemento invisible y de gracia, el carisma, toma cuerpo en una forma jurídica externa. Esta nueva realidad eclesial se expresa en un Estatuto. Los carismas se conceden siempre para bien de toda la Iglesia, por lo que se caracterizan por estar destinados al servicio de la Iglesia. Por esta razón, se someten al discernimiento de la Iglesia. Cuando esta los reconoce y regula, llegan a ser Institutos canónicos en su interior. Estos se insertan en la perspectiva de la Iglesia como comunión, comunión con Dios y entre los hombres. Esto es lo que constituye el misterio de la Iglesia. Esta comunión se da en la diversidad y la complementariedad de ministerios, carismas y responsabilidades, cuya fuerza de unión y perfección es el Espíritu Santo. Se trata de una comunión orgánica, no funcional. La dignidad es la misma, los servicios son diversos. La Iglesia se compone de varios órdenes de personas jerárquicamente relacionados entre ellos. Se relacionan en torno a la función del orden de los ministros sagrados, a quienes les corresponde mantener la unidad³⁷.

Jean Galot enseña que una forma clásica de definir los carismas ha sido en referencia a la descripción que de los mismos hace san Pablo, en concreto en la primera carta a los Corintios, capítulo 12. San Pablo presenta los carismas como fenómenos extraordinarios, concedidos por Dios para bien de todo el Cuerpo de la Iglesia. Y hace una lista de los mismos (cf. *1 Cor* 12, 1-11). Si esta fuera la única definición válida de carisma, tendríamos que afirmar que se trata de un fenómeno exclusivo de la Iglesia primitiva, pero la historia nos muestra que no es así. Los fenómenos extraordinarios que describe san Pablo no caracterizan ya a las comunidades cristianas actuales, pero sí existen los carismas. Galot define estos carismas como «manifestaciones del Espíritu Santo cuyos efectos superan visiblemente las leyes de la

³⁶ F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 230.

³⁷ Cf. G. GHIRLANDA, «Collocazione canonica dei movimenti ecclesiali...», 64-65.

naturaleza»³⁸. Entre estos dones, destacan los más interiores, que son la fe, la esperanza y la caridad. Estos carismas no han desaparecido con las primeras comunidades cristianas, sino que se han desarrollado y tomado formas diversas a lo largo de la historia de la Iglesia. Nunca han faltado y nunca faltarán en la Iglesia.

Los carismas, sigue explicando Galot, junto con los sacramentos y los ministerios, los cuales connotan la misión de la jerarquía de la Iglesia, son caminos de santificación. Es interesante el texto de la *Lumen gentium*: De la acción santificadora mediante los sacramentos, dice que el Espíritu Santo santifica, guía y adorna de virtudes al Pueblo de Dios. A esta acción, añade la distribución de dones a cada fiel cristiano según lo complace a Él. Estas gracias especiales, dice *Lumen gentium*, hace aptos y prontos a los cristianos para asumir diversas obras y oficios útiles a la renovación y al desarrollo de la Iglesia. Esta descripción coincide con la definición que hemos citado de Santo Tomás referente a los dones del Espíritu Santo.

El modo soberano en que el Espíritu Santo distribuye sus dones como le place, no está sujeto a ninguna estructura jerárquica. La jerarquía tiene el deber, una vez validado su origen divino, de acogerlos, protegerlos y favorecer su inserción y crecimiento dentro de la Iglesia. Este modo de obrar el Espíritu, que no está sujeto a la preparación de los individuos ni a otros factores organizacionales de la Iglesia, suele ser inesperado, oportuno y sorprendente. Los carismas manifiestan la gratuidad de los dones de Dios y su fuerza. Pentecostés es un momento fuertemente carismático de la Iglesia. El Espíritu Santo otorga sus dones a los apóstoles y estos dones se propagan a todos los miembros del Pueblo de Dios en diversas formas. Todo ello es un signo de que los carismas pertenecen a la vida y a la santidad de la Iglesia de modo esencial, y que no faltarán nunca en Ella³⁹.

El Card. Joseph Ratzinger, al hablar de los carismas, afirma que estos tienen la facultad de hacer que lo irreplicable se vuelva participable en el don del Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo resucitado. Por la resurrección, explica, la carne de Cristo viene transformada de modo que puede, en la fuerza del Espíritu Santo, hacerse presente en todos los lugares y en todos los tiempos⁴⁰. En esto consisten los fuertes carismas que de manera ininterrumpida el Espíritu ha hecho surgir en la historia de la Iglesia y, mediante

³⁸ J. GALOT, *Il Carisma della Vita Consacrata: Meditazioni post-conciliari sulla Vita Religiosa*, Ancora, Milano 1968, 14.

³⁹ Cf. *Ibid.*, 13-17.

⁴⁰ Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali e la...», 29-31.

los cuales, Cristo se ha manifestado y nos ha acercado a su Corazón, fuente inagotable de la gracia y de la virtud divinas.

3. La participación humana en el carisma

Habiendo dejado claro que los movimientos, en cuanto carismas del Espíritu, tienen su origen en Dios y disponen a las personas para que Dios obre por medio de ellas, es necesario afirmar también que Dios espera una respuesta generosa de quienes son depositarios de estas gracias especiales. Rylko afirma que «los movimientos son un don del Espíritu para toda la Iglesia. Y el don implica siempre una tarea: interpela la responsabilidad de quien lo recibe. Al don hay que darle una respuesta, hay que hacerlo fructificar»⁴¹. En esto consiste la participación humana en los carismas y es lo que hace crecer y dar fruto a los movimientos en la Iglesia. Esta ha sido y sigue siendo la lógica de la Encarnación, que se prolonga mediante la efusión del Espíritu Santo en la Iglesia.

Fidel González comenta que «se puede decir que Cristo ha elegido hacer morada en la historia: una tienda muy frágil (cf. *Jn* 1,14, *1 Cor* 1,17-31), como frágiles han sido estos hombres particulares, elegidos por él mediante el método del encuentro y de la mirada»⁴². Jesucristo preparó este encuentro, explica González, anunciando su venida por medio de los Patriarcas y de los Profetas. Y ha querido prolongar su Encarnación y su obra salvífica por medio de la Iglesia, su Cuerpo místico. En este método de la Encarnación, se insertan los movimientos: uno de los medios por los cuales Dios continúa comunicándose y actuando en la historia.

Galot explica que la perfección de la acción divina se funde con la personalidad humana, que también es un don de Dios, pero se suman en un evento de gracia que eleva sobremanera a la persona que secunda el carisma. Lo expresa con estas palabras: «Lo propio del carisma consiste en el elevarse de la persona humana desde lo más íntimo, penetrada por el Espíritu Santo, y en el manifestar al mismo tiempo una fuerza sobrenatural sorprendente»⁴³. Los carismas, dice, reflejan la inmanencia y la trascendencia de Dios en el comportamiento humano.

Secondin, citando literalmente la editorial en la revista *La Civiltà Cattolica*, titulada *I movimenti nella Chiesa oggi*⁴⁴, aclara que no todo en

⁴¹ S. RYLKO, «El acontecimiento del 30 de mayo de 1998...», 26.

⁴² F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti*..., 15.

⁴³ J. GALOT, *Il Carisma della Vita Consacrata*..., 10.

⁴⁴ Cita el número 132 (1981) IV, 426.

los movimientos es fruto de la acción del Espíritu Santo: «La acción del Espíritu —dice— se entrelaza con la acción de los hombres, los cuales no siempre son dóciles al Espíritu o fácilmente consideran que venga de parte del Espíritu aquello que, por el contrario, viene de ellos mismos y comporta los signos de sus límites y de sus debilidades»⁴⁵.

Los dones del Espíritu Santo posibilitan la acción del hombre, pero no le restan libertad. Es más, se crea una síntesis entre el don de Dios y la libertad humana con la que se corresponde a dicho carisma, siempre de forma limitada. Pero cuando la correspondencia es obediente, el resultado es acción divina, pues siempre supera las fuerzas humanas.

4. Aportación histórica de estos dones a la Iglesia

A modo de conclusión de este apartado, quiero poner de relieve los aspectos esenciales de los carismas de los movimientos tal como los hemos expuesto en el recorrido histórico presentado en otro artículo⁴⁶. No se trata de un análisis exhaustivo, pero sí considero que puede llegar a ser ilustrativo. Personalmente he notado que esta acción de Dios en la historia, a la que comúnmente llamamos «la aportación especial de un carisma», la podemos intentar definir, pero nunca se logrará plenamente. Por otro lado, también podemos tratar de determinar el aspecto novedoso o lo que comúnmente llamamos «el carisma» de un movimiento o de una época histórica, pero tampoco es posible limitar en las expresiones la acción del Espíritu. Es más fácil admirarlo que definirlo, agradecerlo y secundarlo que tratar de expresarlo. De cualquier modo, hago un pequeño esbozo de lo que considero que ha sido la dinámica del Espíritu en la historia, enunciando muy brevemente lo que podríamos llamar la aportación específica o novedosa de las principales corrientes o movimientos, en sentido amplio, que se han sucedido a lo largo de los siglos.

Comenzamos por el período que va de la edad apostólica a la subapostólica. Benedicto XVI resaltaba cómo el Espíritu Santo concedió dones especiales a los primeros grupos de cristianos para expresar y actuar la apostolicidad de la Iglesia. El ministerio apostólico, explica, es un ministerio universal, «dirigido a la humanidad entera, y por tanto a la entera única Iglesia». Este ministerio, si bien corresponde también a los Obispos de las Iglesias particulares, de alguna forma les precede. Por ello, desde ese entonces, la participación

⁴⁵ B. SECONDIN, *I nuovi protagonisti: Movimenti, associazioni, gruppi nella chiesa*, Paoline, Milano 1991, 195.

⁴⁶ Cf. J.A. IZQUIERDO CLAROS, «Acercamiento histórico a los nuevos movimientos eclesiales», ya citado al inicio de este trabajo.

en la misión universal de la Iglesia es la primera y esencial nota propia de los movimientos, sin la cual nunca serán católicos⁴⁷.

Por su parte, el movimiento monástico aportó a la Iglesia un fuerte deseo de volver continuamente a la forma de vida cristiana de la Iglesia primitiva, la cual estuvo animada y enriquecida por el testimonio de los mártires. Ratzinger explica que «se busca no una particular comunidad, sino más bien el cristianismo integral, la Iglesia que, obediente al Evangelio, viva del Evangelio»⁴⁸. El martirio violento, aunque nunca ha desaparecido totalmente de la vida de los cristianos, cedió el paso a un tipo de martirio incruento, la caridad cristiana vivida según el Evangelio, que desde esta época ha caracterizado a los movimientos eclesiales.

El movimiento benedictino fue testigo e instrumento del Espíritu para que en Europa se realizase una transformación social y religiosa profunda, gracias al diálogo fecundo entre el mundo romano y el mundo germano. Este contacto con el mundo germano, rico de valores humanos, aporta a Europa la vitalidad que el imperio romano había perdido y que ya se desintegra sumido en la degeneración social, la violencia y la moral decadente⁴⁹. A este don lo podemos llamar «el humanismo cristiano», que generó tanto bien a la cristiandad en Occidente y que tuvo como principal fruto el liberar a la Iglesia de la dependencia y del fuerte yugo al que el poder imperial romano la sometía. Esta especial gracia, debido al cisma, no la gozó plenamente la Iglesia en Oriente.

Durante el período de la renovación eclesial promovida durante la fase carolingia, el Espíritu Santo actuó mediante los movimientos de reforma eclesial para que la sociedad cristiana recordara a Cristo. Como citábamos antes, Fidel González recuerda cómo, en medio de un clima social tan degenerado, el Espíritu Santo impulsó un movimiento de reforma eclesial fuerte. Los monasterios se convierten en lugares donde se recuerda y se custodia el misterio de Cristo. Son signos para la reforma de la Iglesia⁵⁰. Este don, tan especial en esa época, perdura siempre en los carismas que el Espíritu Santo suscita para bien y para renovación de la Iglesia.

Durante los siglos X y XI, el movimiento cisterciense dio origen a un movimiento devocional y de renovación del que tuvo origen la idea de Europa. Esta conciencia de formar un solo pueblo tiene su raíz en la cultura cristiana. El Espíritu Santo regaló a la Iglesia esta capacidad de superar las fron-

⁴⁷ Cf. J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali e la...», 33.

⁴⁸ *Ibid.*, 38.

⁴⁹ Cf. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 55-59.

⁵⁰ Cf. *Ibid.*, 64-66.

teras y suscitó carismas que abrieron numerosos espacios para la vivencia social de la fe cristiana. Tanto penetró la fe en la cultura y en las estructuras sociales de la época, que a toda Europa se la identificaba como la cristiandad o *christianitas*⁵¹.

Domingo y Francisco fueron testigos en el siglo XIII de un cambio epocal. En este período, la acción del Espíritu hizo surgir movimientos con el ideal de alcanzar la radicalidad evangélica. Radicalidad que se busca vivir según la forma de vida de la antigua tradición cristiana. Por esta razón, el movimiento mendicante promueve la pasión por las fuentes bíblicas y patrísticas. También por eso, este período se caracteriza por ser signo de la catolicidad de la Iglesia, expresada en la fraternidad de la vida comunitaria⁵².

Un período especialmente fecundo en la Iglesia se vivió en el siglo XVI, justo a los orígenes de la reforma protestante. Los reformadores católicos comprendieron, movidos por la acción del Espíritu Santo, que los cambios en la Iglesia debían empezar por ellos mismos. El don especial que el Espíritu Santo comunicó a la Iglesia mediante estos movimientos fue el de la búsqueda de la renovación espiritual cristiana mediante la santificación personal y la interiorización de la fe. Fidel González explica que estos *reformadores* proponen un modo tal de vivir con alegría la pertenencia eclesial a Cristo que, por este motivo, «estos cristianos dan un lugar preeminente a la pasión por la “santificación personal” y no sienten ninguna preocupación por el éxito inmediato de su obra»⁵³.

Después del concilio de Trento surgieron numerosos movimientos. Lo hacen en medio de una fuerte crisis eclesial, marcada por los nacionalismos (anglicanismo, protestantismo, galicanismo...). Los movimientos de esta época, como explica Fidel González, se caracterizan por estar más ligados al papa⁵⁴. «Se distinguen, en efecto, por su sentido de comunión con el papa y por la grande conciencia misionera»⁵⁵.

El Espíritu Santo suscitó movimientos en la época moderna que vinieron a defender a una Iglesia escarnecida y humillada por los poderes civiles. Los carismas de este período se caracterizan por buscar dar a la Iglesia la visibilidad social que la sociedad laicista le privaba. Hay una serie de acontecimientos que Fidel González comenta y que trato de resumir para ejemplificar este

⁵¹ Cf. *Ibid.*, 40.

⁵² Cf. *Ibid.*, 95-96.

⁵³ *Ibid.*, 123.

⁵⁴ Cf. *Ibid.*, 144.

⁵⁵ *Ibid.*, 146.

especial don del Espíritu que permitió a la Iglesia no perder la necesaria visibilidad en una esfera pública cada vez más descristianizada:

- a. Proclamación de la antropología cristiana mediante el misterio de la Inmaculada concepción de la Virgen, en contraposición a la concepción optimista del «hombre sin pecado», propuesta por el laicismo ateo.
- b. El corazón de Cristo traspasado en la cruz y el Buen Pastor, dicho de otro modo, la salvación que se ofrece a todos. Se subraya la dimensión apostólica y misionera de la devoción al Sagrado Corazón y la dimensión de la reparación. También la dimensión social, que se concreta en la fidelidad al papa.
- c. La exaltación de Cristo Rey del Universo. Muchos fundadores adoptan el lema: «¡Venga tu Reino!», reino de caridad y de justicia. González enlista 5 de ellos. Hablan de un Reino social, del Reinado del Sagrado Corazón, de un Reino de amor y de fuerza apostólica. Estos fundadores procuran hacer uso de todos los medios a su disposición para comunicar y hacer visible esta experiencia.
- d. Se trata de un movimiento que lucha por hacer presente a la persona de Cristo Rey y de su Sagrado Corazón en la esfera de la vida pública. Los papas apoyan este movimiento. León XIII consagra el mundo al Sagrado Corazón y publica la encíclica *Annum sacram* (1899), nacen los congresos eucarísticos internacionales (1880), Pío XI instituye la fiesta de Cristo Rey con la encíclica *Quas primas* (1925) y reafirma esta doctrina, uniéndola a la doctrina sobre el Corazón de Jesús, en *Miserentissimus* (1928). Al grito de «¡Viva Cristo Rey!» morirán los mártires de la guerra cristera en México y en España (años 20 y 30).
- e. La referencia al Espíritu Santo también caracteriza a este movimiento. La conciencia de su acción en nosotros es muy fuerte en los nuevos fundadores⁵⁶.

Por último, Dios ha obrado de manera providencial en nuestros días. La novedad del Espíritu todavía necesita madurarse, pero Juan Pablo II encuentra la esencia de los carismas que el Espíritu Santo está regalando hoy a la Iglesia en lo que el concilio Vaticano afirma que es el apostolado asociado contemporáneo: «un “*signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia*

⁵⁶ Cf. *Ibid.*, 181-191.

en Cristo" (AA, 18)»⁵⁷. No es que esta nota esencial sea la única, pero sí es especial. Los nuevos movimientos son instrumentos en manos del Espíritu para significar la comunión eclesial en la pluralidad de estados de vida cristiana. Son, por ello, como dice Faggioli, «“los frutos” por excelencia del concilio Vaticano II»⁵⁸.

Todos estos dones del Espíritu Santo han enriquecido históricamente a la Iglesia, pero solo tienen sentido si se viven en la caridad y están finalizados a la unidad de la Iglesia. Por eso, lejos de crear comunidades aparte, los movimientos deben ser dóciles a la acción multiforme y generosa del Espíritu, que nos lleva siempre a la unidad. Secondin recoge esta cita de la Conferencia Episcopal Italiana que resume de modo extraordinario esta idea:

La pluralidad de nuevas formas de espiritualidad y de itinerarios de fe, si por un lado ha hecho experimentar la novedad y la riqueza del Espíritu, por otro algunas veces se ha corrido el riesgo de poner a la sombra la verdad esencial que todo don de la Iglesia ha de ser ejercitado en la caridad y finalizado a la unidad⁵⁹.

D. Son para bien de toda la Iglesia

El papa Juan Pablo II afirma que «cada carisma es otorgado para el bien común, es decir, en beneficio de toda la Iglesia»⁶⁰. Esta es la verdad teológica que sirve de criterio de discernimiento para todo carisma que pretende llamarse católico. A este respecto, son significativas las palabras que Kiko Argüello dijo al final de su testimonio en la Vigilia de Pentecostés de 1998. Kiko subrayaba la importancia de la comunión con el Santo Padre, como garantía del carisma y como camino para la maduración institucional: «todo esto no habría sido posible sin la ayuda de los obispos, pero sobre todo sin la ayuda de Pedro»⁶¹.

⁵⁷ JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica post-sinodal Christifideles laici de su santidad Juan Pablo II, sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*, n. 29 (en www.vatican.va).

⁵⁸ M. FAGGIOLI, *Nello spirito del concilio...*, 16.

⁵⁹ B. SECONDIN, *I nuovi protagonisti...*, 206. La cita es: CEI, *comunione, comunità e disciplina ecclesiale*, nota pastorale, Roma 1989, n. 10.

⁶⁰ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre, 30 de mayo de 1998...*, n. 5.

⁶¹ K. ARGÜELLO, «Senza Pietro non potremmo continuare ad andare avanti», en PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS (ed.), *Il papa e i movimenti, Testi e immagini dell'incontro del Santo Padre con i movimenti ecclesiali e le nuove comunità. Roma 30 maggio 1998*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano) 1998, 24.

Juan Pablo II señala tres aspectos importantes de la relación entre la dimensión institucional y la dimensión carismática de la Iglesia que ponen de manifiesto de qué forma los movimientos sirven para beneficio de la Iglesia. En primer lugar, indica que no existe contraposición entre ellas y que los movimientos son una expresión significativa de la vida y de la santidad de la Iglesia. Ambas son coesenciales y contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo. Por último, renuevan la autoconciencia de la Iglesia de que ella misma es un movimiento, «pues es la realización en el tiempo y en el espacio de la misión del Hijo por obra del Padre con la fuerza del Espíritu Santo»⁶².

Los movimientos contribuyen al bien de la Iglesia cuando se integran plenamente en la comunión orgánica de las Iglesias locales. Ghirlanda propone tres principios que determinan esta inserción en la Iglesia: la fidelidad al carisma, tal como se ha delineado en los estatutos; el respeto del carisma, en cuanto don de Dios a toda la Iglesia; la caridad⁶³. Fidelidad, veneración y caridad. Solo en estas tres convicciones, los carismas hacen bien a la Iglesia. Si se desvirtúan, se menosprecian o se viven en la autorreferencialidad, solo causan pesar y sufrimiento.

Por otro lado, Rylko afirma que el adjetivo «eclesial», referido a los movimientos, no es decorativo, sino que implica un «compromiso preciso». Este compromiso consiste en confrontarse con los criterios de eclesialidad presentados por *Christifideles laici*, en el número 30 de la exhortación⁶⁴. Estos criterios conducen hacia la «madurez eclesial» que el papa Juan Pablo II auguraba a los movimientos⁶⁵ y que tanto bien hará a la Iglesia de hoy.

E. Son para la misión de la Iglesia

El Card. Joseph Ratzinger considera que «el lugar de los movimientos en la Iglesia es la apostolicidad»⁶⁶. Esta colocación eclesial no resta importancia a los demás aspectos eclesiológicos que estamos evidenciando en este

⁶² JUAN PABLO II, *Mensaje del Papa, 27-29 de mayo de 1998...*, n.5.

⁶³ Cf. G. GHIRLANDA, «Carisma e statuto giuridico dei movimenti ecclesiali», en PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS (ed.), *I movimenti nella Chiesa...*, 131.

⁶⁴ Los criterios de eclesialidad para las asociaciones laicales que presenta *Christifideles laici* n. 30 son: la primacía de la vocación de todo cristiano a la santidad; la responsabilidad de confesar la fe católica; el testimonio de comunión firme y convencida con el papa y el propio obispo; la conformidad y participación en el objetivo apostólico de la Iglesia; el compromiso de presencia en la sociedad humana.

⁶⁵ S. RYLKO, «El acontecimiento del 30 de mayo de 1998...», 33.

⁶⁶ J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali e la...», 48.

capítulo y que definen la colocación de los carismas en la Iglesia, pero sí es cierto que supone uno de los rasgos más distintivos. Como decía el papa Juan Pablo II a los miembros del movimiento de Comunión y Liberación en el treinta aniversario de su fundación, los miembros de los movimientos son «personas que viven en la Iglesia y están llamadas a colaborar, en intensa comunión, para llevarla al hombre, para dilatarla por el mundo»⁶⁷. Son el dilatar del corazón de Cristo, que sigue amando a la humanidad.

Los movimientos, además de participar de la misión evangelizadora y católica de la Iglesia, también ofrecen su aportación en su misión santificadora y de unidad en torno a Cristo. Don Luigi Giussani, hablando a los miembros de su fraternidad de su experiencia en la vigilia de Pentecostés, les explicaba que se encontraba sentado junto a Kiko Argüello, fundador del Camino neocatecumenal, y junto a Chiara Lubich, fundadora de los Focolares. A ambos, les decía: «¿Cómo se hace en estos casos para no gritar nuestra unidad?»⁶⁸. Giussani insiste en dos características esenciales de los movimientos eclesiales: son para la Iglesia, y son factor que construye la Iglesia. Decía: «Me he sentido tomado entre los dedos de Dios, de Cristo, que dan forma a la historia»⁶⁹.

Concluyo anotando las cinco características que, según Mons. Ricardo Blázquez, deben juntarse para formar el perfil del evangelizador de nuestro tiempo:

Encuentro personal con Cristo reavivado cada día en la oración; respeto por la conciencia de las personas y renuncia clara a todo proselitismo; gratitud personal a Dios por la fe, que nos hace servidores humildes, valerosos y transparentes del Evangelio; amor por las personas, que exige a veces coraje para interpelarlas para que no se engañen y no se refugien en vanos pretextos, haciendo callar lo que su corazón realmente busca. El cuidado de los más necesitados, después, abre los ojos del corazón para ver a Dios con más facilidad en los ambientes secularizados de nuestra sociedad⁷⁰.

F Son para la renovación de la Iglesia

«Pentecostés es Espíritu y fuego, viento impetuoso y llamas purificadoras»⁷¹. El Card. Francis Stafford se dirigía con estas palabras a los movimien-

⁶⁷ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre, 29 de septiembre de 1984...*, n. 1.

⁶⁸ F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 300.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ R. BLÁZQUEZ, «Iniziazione cristiana e nuova evangelizzazione», en P. BARRAJÓN (ed.), *La primavera della Chiesa...*, 51–59.

⁷¹ F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *I movimenti...*, 253. Cita a J.F. STAFFORD, *La dimora della misericordia, Littere Communionis - Trace*, giugno 1998, 14.

tos y nuevas comunidades presentes en el encuentro con Juan Pablo II en la plaza de San Pedro el 30 de mayo de 1998. Esta cualidad fuerte del Espíritu, la comparte como un don a los movimientos, no de modo exclusivo, pero sí de una forma especial. Es por esto que Fidel González, al introducir el apartado que dedica al movimiento oratoriano, comenta: «La verdadera reforma se realizará, pues, mediante la acción del Espíritu Santo en la Iglesia»⁷². La historia se repite. Como explica González, ante muchos de los graves problemas que ha atravesado la Iglesia, se buscaron soluciones de todo tipo e intentos magisteriales infructuosos en orden a la necesaria renovación de la Iglesia. Sin esperarlo y sin planearlo, Dios ha escogido personas concretas, humildes, aparentemente insignificantes, para realizar su obra.

En nuestro tiempo, el papa Juan Pablo II favoreció esta percepción de la Iglesia de cara a los movimientos. El papa, desde el comienzo de su pontificado, consideró a los movimientos «un gran recurso espiritual para la Iglesia y la humanidad, un don del Espíritu Santo para nuestro tiempo y un signo de esperanza para todos»⁷³. Esperanza, sobre todo, ante los graves desafíos que la Iglesia afronta en nuestro tiempo.

Esta esperanza la Iglesia la encuentra en Cristo, que, mediante la acción sacramental de la Iglesia, nos comunica la gracia sanadora y purificadora que nos salva. Pero también lo hace, como hemos estado analizando, mediante dones especiales, carismáticos. En lo alto de la jerarquía de estos dones se encuentra los que recibió la Santísima Virgen María y que la dispusieron para ser instrumento divino por medio del cual se obró la Encarnación. Por esta razón, con Juan Pablo II, confiamos a ella los carismas generosos con los que el Espíritu sigue embelleciendo y renovando a nuestra Iglesia. Esta es la dinámica de Pentecostés que renueva la Iglesia. «En sus manos ponemos la misión universal de toda la Iglesia que, desde el día de Pentecostés, prosigue su camino a lo largo de los siglos, siempre con nuevo impulso, para llevar el Evangelio de la salvación a todas las regiones de la tierra»⁷⁴.

⁷² *Ibid.*, 123.

⁷³ JUAN PABLO II, *Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II al VIII Encuentro internacional de la Fraternidad católica de las comunidades y asociaciones carismáticas de la alianza: Roma, 1 de junio de 1998*, Ciudad del Vaticano 1998, n. 2.

⁷⁴ JUAN PABLO II, *Exhortación del Papa Juan Pablo II antes del rezo del Regina Caeli: Domingo de Pentecostés, 31 de mayo de 1998*, Ciudad del Vaticano 1998.